1894

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA JAULA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ESCRITO

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ, 1854

MADRID
CEDACEROS, NÚM. 4, SEGUNDO
1894

628:19

LA JAULA

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO

ESCRITO

SOBRE EL PENSAMIENTO DE UNA OBRA FRANCESA

POR

FELIPE PÉREZ Y GONZÁLEZ

Representado por primera vez en el TEATRO LARA el 24 de Febrero de 1894

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1894

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ETELVINA.....	Sra. D.ª	Rosario Pino.
UN MENSAJERO.....	Srta. D.ª	Julia Riaza.
DON ANACLETO.....	Sr. D.	Ramón Rossell.
CUCUFATE.....		Pedro Ruiz de Arana

La acción en Madrid.—Época actual

Izquierda y derecha las del actor

ACTO UNICO

Gabinete elegante. Puerta de entrada al foro. A la derecha, primer término, chimenea con espejo; segundo término, balcón practicable. A la izquierda, primer término, ventana practicable; en segundo término, puerta. Delante de la chimenea, velador y una butaca. Sillones, sillas y otros muebles en desorden; sobre algunos de ellos, colgaduras, cuadros, una maleta y otros objetos. Se supone que el inquilino acaba de mudarse y aun no ha terminado el arreglo de la habitación.

ESCENA PRIMERA

DON ANACLETO, asomado á la ventana, va tirando con mucho cuidado de una larguísima cuerda, como si subiera á pulso desde el patio de la casa el gran cesto que sacará oportunamente y que contendrá lo que indica en el monólogo

ANAC. Gracias, señora portera,
por tanta amabilidad...
Hasta que tenga criada
voy á tener que abusar
de usted... ¿Eh?... Gracias; se estima.
¡Uy! A poco se me va
la cabeza, tiro el cesto,
me quedo sin almorzar
y rompo á la pobre el cráneo
en pago de su bondad...
¿Si se habrá vertido el vino
ó el café?... Es que estoy tan
nervioso... A mí las mudanzas

me trastornan mucho... ¡Ay!
(Al dar un tirón, figura que el cesto ha dado á un vecino, también asomado á su ventana.)
¡Perdone usted, señor mío!...
no lo pude remediar...
Ha sido un vaivén del cesto,
un movimiento casual...
¿En las narices le ha dado
con el asa?... ¡Voto va!...
Tiene usted muchas narices,
digo, ¡qué barbaridad!
Tiene usted muchas razones;
si soy lo más torpe y más...
Pero hay desde el patio aquí
una distancia bestial,
cerca de medio kilómetro;
y así, á fuerza de tirar
y subir el cesto á pulso,
me falta el pulso y me dan
mareos mirando abajo...
Vuelvo otra vez á rogar
que me perdone... ¡Caramba!
¡Qué incomodado se va!
Ya tengo aquí un enemigo,
el señor del principal...
(Distraído, ha dejado de tirar del cesto, y al asomarse figura ver que un chico desde la ventana del segundo coge algo de aquél.)
¡Eh, niño! No toques eso,
que no se puede tocar...
¡Uf! ¡caca! Déjalo... ¡vaya!
¡qué bien educado está
el chiquitín del segundo!...
Pues no me llama ¡animal!
después de quitarme el queso...
¡Vamos! Poco falta ya.
El almuerzo estará frío
cuando llegue; es natural.
Pero yo tengo la culpa.
No me quise molestar
en bajar é ir á la fonda
ó al café, y el holgazán
del camarero no quiso
subir, porque dice que hay

ciento cuarenta escalones,
—yo creo que ha de haber más.—
Otro tironcito... ¡Anda!
Ahora se ha caído el pan...
Pues sin mi pan me lo como.
¡Ay! Ya ha llegado... ¡Ajajá!
(Coge y saca por la ventana un gran cesto, que deja en el suelo; siéntase rendido en una silla frente al público, con el cesto delante. Límpiase el sudor de la frente.)
¡Caramba! Con el trabajo
de hacer hasta aquí llegar
el almuerzo, se me ha abierto
un apetito brutal.
A ver cómo llega... El vino... (Saca una botella pequeñita en que sólo habrá vino para llenar una copita.)
Falta más de la mitad.
Se ha vertido en la tortilla,
y también la leche... ¡Bah!
Después de todo, aquí dentro
se tenían que juntar... (Señalando al estómago.)
¡Demonio! Esto es más extraño.
Se me han juntado, además,
los sesos con los riñones...
y eso es una atrocidad.
La chuleta llega toda
embadurnada de flan
y el pescado... ¡Vaya, vaya!
No hay para qué examinar...
«A buen hambre no hay pan duro.»
Es decir, buen hambre hay,
mas pan ni duro ni blando;
sin él tendré que pasar.
Voy á preparar la mesa
y á almorzar en santa paz
lo que ha llegado... ¡Qué sabe
el cuerpo lo que le dan!
En un día de mudanza
siempre hay que pasarlo mal.
(Saca del cesto una servilleta que extiende sobre el velador; la botella del vino y una copa. Mientras va y viene en esta operación canturrea cualquier cancioncilla, como algunas criadas cuando ponen la mesa.

(Suena un fuerte campanillazo dentro, foro izquierda.)
¡Diantres! ¡Qué campanillazo!
Y ha sido aquí... ¿Quién será?
Si tan sólo desde hoy vivo
en este cuarto... (Otro campanillazo.)
(Sigue arreglando la mesa.) Allá van...
Pues quien es viene de prisa
por el modo de llamar...
Quizá alguno equivocado,
ó el del segundo quizá,
que ahora vendrá á darme el queso
que quitó el rapaz... rapaz...
(Otro campanillazo.)
Allá van... Hasta que tenga
una criada estoy mal.
Tengo que hacer de portero
y que servirme...
(Otro campanillazo más fuerte.)
Allá van...
allá van... Mas si la puerta
se quedó de par en par
cuando se fueron los mozos,
¿por qué diablos no entrarán?
Pase quien sea... Adelante.

MENS. ¡Salud! (Deteniéndose en la puerta.)

ANAC. ¡Y fraternidad!

ESCENA II

DON ANACLETO y un MENSAJERO del «CONTINENTAL EXPRÉSS» con una carta

MENS. Gracias á Dios que al fin entro.
(Mirando el sobre de la carta.)
«¿El vecino de la casa
de la calle de la Pasa
treinta y tres, tercero, centro?»

ANAC. ¿El vecino? Servidor.

MENS. Esta carta para usté.

ANAC. ¿Para mí?

MENS. Claro se ve.

ANAC. Puede haber algún error.

MENS. ¿No es la calle de la Pasa?

ANAC. Si tal...
MENS. ¿No es el treinta y tres,
tercero, centro?
ANAC. Así es.
MENS. Siendo la calle y la casa,
¿quién es el vecino?
ANAC. Yo.
MENS. Pues el error no se ve.
ANAC. Falta el nombre.
MENS. Y yo qué sé
si usté tiene nombre ó no.
Yo en el sobre más no encuentro.
ANAC. (Toma la carta y lee el sobre.)
«Al vecino de la casa
de la calle de la Pasa,
treinta y tres, tercero, centro.»
Ya este misterio me agrada,
y averiguar es preciso...
MENS. Yo espero, con su permiso.
Tiene respuesta pagada.
ANAC. ¿Es urgente?
MENS. Se adivina.
ANAC. Si de alguna dama fuera...
MENS. Es de un señor que me espera
en el café de la esquina.
ANAC. ¿Y el motivo no barruntas,
ni sabes tú quién es él?
MENS. Hombre, lea usté el papel
y se ahorra usté las preguntas.
(Queda cerca de la puerta y mientras don Anacleto lee la carta, entretiénese en escudriñar con la mirada los desordenados muebles de la habitación.)
ANAC. Es verdad. (Lee.) «Muy señor mío:
Suponiendo que usted es
honrado, noble y cortés,
á su bondad me confío.»
(Hablado.) ¡Malo! Después se propasa
y ya el *sablazo* preveo.
(Lee.) «Con usted tener deseo
una entrevista en su casa.
Si me concede ese honor,
eternamente me obliga,
y bastará que me diga
que sí con el portador.

Porque no se asuste y salga
antes, prevenirle quiero:
no se trata de dinero
ni de cosa que lo valga.
Asuntos del corazón
motivan lo que le pido.
De usted siempre agradecido,
Cucufate Cabezón.»
(Hablado.) Debe ser algún orate.

MENS. La contestación espera.

ANAC. Dí que venga cuando quiera
el señor don Cucufate.
Ya he entrado en curiosidad
y ahora yo impaciente estoy.

MENS. Pues con su permiso voy...
¡Salud! (Vase por el foro izquierda.)

ANAC. ¡Y fraternidad!

ESCENA III

DON ANACLETO, solo

ANAC. (Repasando la carta.)
«Asuntos del corazón
motivan lo que le pido...»
Esto es lo que me ha aturdido
y no me falta razón.
¡Del corazón! Lo estoy viendo
y no atinaré jamás ..
¡Del corazón! Cuanto más
lo miro menos lo entiendo;
porque si no es un dislate,
¿yo que tengo, en conclusión,
que ver con el corazón
de un señor don Cucufate? (Pausa.)
Hay confusiones bellacas
y puede que el buen señor
me tome por un doctor
para afecciones cardiacas.
¡Pobre! Si es ese su mal
yo curarle no podré,
pero, en fin, le mandaré
calaguala y digital.

Sin un estudio profundo
eso lo «manda» cualquiera.
Es medicina casera
que conoce todo el mundo.
Mas como, por suerte, á mí
el corazón me palpita
bien y nada necesita,
pero el estómago sí,
y hoy ni aun tomé chocolate,
veré si puedo almorzar
y así tranquilo esperar
al señor don Cucufate.
¡Cucufate! Es raro, ¿eh?
Cucú... De cantar da gana:
(Canturreando una canción infantil.)
«*Cucú... cantaba la rana,*
cucú...» ¡Vaya, almorzaré!
Tortilla con vino y leche
y una chuleta con flan
y todo frío y sin pan...
Quiera Dios que me aproveche
y que no haga un disparate,
y al hacer la digestión
no me de una desazón
el señor don Cucufate.
(Pone en la copa todo el vino de la botella, se coloca la servilleta atada al cuello, se sienta en la butaca junto al velador, y dispónese á almorzar, colocando ante sí el primer plato, del que toma un bocado que escupe.)
La tortilla... ¡Uf! Sabe mal
y ni aun con más apetito...
Si parece que la han frito
con aceite mineral.
Un perro la rechazara,
mas como el hambre me inquieta
acudiré á la chuleta,
que ésta tiene mejor cara.
(Toma otro plato con una chuleta, que en vano procura partir.)
¡Cara... coles! De cartón
ó de madera parece.
¡Qué dura! ¡No se enternece
ni aun viendo mi situación!
(Hace nuevos esfuerzos para partirla con el cuchillo.)

Con el cuchillo no cede;
si la pudiera morder.
(La coge por el hueso y hace cómicos esfuerzos para hincarle el diente.)
¡Ay! ¡No se puede comer!

ETELV. ¿Se puede? (Apareciendo en el foro.)

ANAC. (Sin oirla.) ¡Cá! No se puede.

ESCENA IV

DON ANACLETO y ETELVINA que sale por el foro

ETELV. ¿Se puede?

ANAC. ¿Quién viene ahora?

ETELV. Caballero, usted perdone
que sin razón que me abone
penetre aquí.

ANAC. (Levantándose.) (¡Una señora!)
Usted hoy de honrarme trata.
(Va á darle la mano en que tiene la chuleta, y al notarlo la retira precipitadamente; se quita de un tirón la servilleta que lleva al cuello, envuelve en ella la chuleta y se la guarda en un bolsillo. Etelvina da algunos pasos examinando la habitación y sin hacerle caso. Se detiene, se apoya en un mueble y dice:)

ETELV. ¡Cómo el corazón me late!

ANAC. (¡Ah, vamos! ¡Es Cucufate
que resulta Cucufata!)

ETELV. Yo no sé que explicación
le dé al proceder así.

ANAC. Comprendo. La traen aquí...
¡asuntos del corazón! (Muy marcado.)

ETELV. Es cierto... Mi suerte mala
conque hace tiempo que lucho.

ANAC. ¿Y el corazón?

ETELV. Sufre mucho.

ANAC. ¡Calaguala! ¡Calaguala!
(Etelvina se sienta al lado del velador.)

ETELV. Es mucho lo que he pasado.
(Coge la copa con el vino y se lo bebe.)
Es mucho lo que he sufrido.

ANAC. (Bien: ahora se me ha bebido
el vino que había quedado.)
Yo siento mucho, señora...
ETELV. ¡Qué horribles días tan largos!
¡Y qué tragos tan amargos!
(Va maquinalmente á coger otra vez la copa.)
ANAC. No hay más vino por ahora.
ETELV. Mi triste vida resbala
de un abismo en el camino...
Tengo sed... (Levantándose airada.)
ANAC. Pues no hay más vino.
¡Calaguala! ¡Calaguala!
ETELV. ¡De venganza!
ANAC. ¡Qué arrebato!
ETELV. Y siento horribles anhelos...
(Le coge violentamente de una mano; le lleva á un lado del proscenio y le dice con voz ronca:)
¿Usted conoce los celos?
ANAC. ¿Yo? Sí... pero no los trato.
ETELV. Dígalo usted en buen hora.
Dios le ha hecho esa gran merced.
ANAC. Sí, señora.
ETELV. Porque usted
es casado...
ANAC. No, señora...
ETELV. ¡Ah! Comprendo su emoción.
¿Viudo tal vez, caballero?
ANAC. No, señora. Soy soltero.
ETELV. Solterón. (Despreciativamente.)
ANAC. Bien, solterón...
ETELV. (Con gran espanto, alejándose de él.)
¡Ah! ¡Qué horror!...
ANAC. (¡Qué batahola!)
ETELV. Yo no sé lo que me pasa.
¡He penetrado en la casa
de un hombre solo, yo sola!
¿Y usted me ha dejado entrar?
ANAC. Señora, si usted se ha entrado...
ETELV. ¡Usted, si era un hombre honrado,
me lo ha debido avisar!
El portero, ese bolonio,
con un fin que no colijo,
cuando pregunté me dijo
que aquí había un matrimonio.

ANAC. ¿Cómo?
ETELV. Doña Ana y don Cleto.
ANAC. Tiene gracia. (Riendo.)
ETELV. ¡Gracia vana!
ANAC. Es que yo soy Cleto y Ana.
ETELV. ¿Eh?
ANAC. Porque soy Ana... cleto.
ETELV. Si él supiera tal acción
estaba todo perdido...
ANAC. ¿Y quién es él?
ETELV. Mi marido:
Cucufate Cabezón
ANAC. ¡Cómo! ¿Usted es la señora
de don Cucufate?
ETELV. Sí.
ANAC. Pues él va á venir aquí
ETELV. ¿Cuándo va á venir?
ANAC. Ahora.
ETELV. Esto ha sido un lazo indigno
que ese infame me tendió
y usté es su cómplice...
ANAC. ¡Yo!
ETELV. Con mi suerte me resigno.
Soy mujer y ¿qué he de hacer
si el hombre es el fuerte al fin?
¡Dura lex!
ANAC. (Y habla en latín.
¡Demonio con la mujer!)
ETELV. Mas de usted la acción traidora...
ANAC. Pero...
ETELV. ¡Es más infame!
ANAC. Pero...
ETELV. (Con tono imperativo y tomando una actitud de exagerada dignidad.)
Escuche usted, caballero,
que está hablando una señora!
El vil, después de ofenderme,
olvidando su deber,
ha procurado tender
un lazo para perderme...
Y usted, un hombre galante,
y caballero, y honrado,
y noble... ¿usted se ha prestado
á una infamia semejante?

ANAC. Más insultos no tolero...
ETELV. Pero...
ANAC. Y ya que se acalora...
(Etelvina va á hablar y don Anacleto la detiene diciendo como antes ella.)
¡Escúcheme usté, señora,
que está hablando un caballero!
Yo, que estos disgustos toco,
ni conozco á su marido,
ni sé á que usted ha venido,
ni sé á que él viene tampoco.
Ni entiendo su retintín,
ni comprendo su quebranto,
ni me confundo y me espanto
porque me hable usté en latín.
Y si usted se enfada y grita
y habla de la *dura lex*... (Gritando.)
yo grito y pido una ex-
plicación de esta visita.
ETELV. (Calmándose.) Tiene usted mucha razón.
ANAC. Ya lo creo que la tengo.
ETELV. Pues le diré á lo que vengo.
¡Asuntos del corazón!
Usted me comprenderá
y yo me desahogaré.
Tome usted asiento...
ANAC. ¿Eh?
ETELV. Voy á ser muy breve.
ANAC. ¡Ah! (Se sientan los dos.)
ETELV. Hoy hace un año cabal
que me uní con el infiel.
¡Ay! Yo estaba loca, y él...
ANAC. Más loco que usted.
ETELV. Sí tal.
Enloquecidos los dos,
sin disgustos ni reveses,
pasamos algunos meses
en paz y en gracia de Dios,
hasta que un funesto día
—¡día horrible, caballero!—
surgió el disgusto primero
por una majadería.
(Imita las distintas voces del diálogo.)
«Yo—Cucufate me dijo—

si Dios bendice esta unión,
quiero que nos dé un varón.
Yo quiero tener un hijo.»
«Vas á hacer que yo me aflija,—
le dije,—por tu exigencia.
Si Dios nos da descendencia,
quiero tener una hija.»
«Pues ha de ser un varón.»
«Una niña, y no transijo.»
«Hijo...» «Hija... hija...» «Hijo...
¿No es fruto de bendición?
Pues es necia la disputa
y ya más no la discuto.
El fruto... debe ser fruto.»
«Pues yo quiero que sea fruta.»
Nos fuimos acalorando,
la disputa fué creciendo,
y al fin, él se fué rugiendo
y yo me quedé llorando.
Tan violenta discusión
á diario se repetía,
hasta que, por fin, un día
vino la separación.
Llegó á insultarme el impío,
y entonces nos fuimos ya;
yo, á casa de mi mamá,
y él, á casa de su tío.
Después, de su frenesí
ví el motivo verdadero:
fué un pretexto, caballero,
para alejarse de mí.
Mi afán me lo dice á voces:
por otra me abandonó.
Desde entonces, sufro yo
celos terribles, feroces,
y el amor que antes sentí
es hoy odio: ¡lo confieso! (Se levanta muy agitada.)

ANAC. (Levantándose también, imitándola.)
¿Y sólo á contarme eso
ha venido usted aquí?

ETELV. No tal: es que aquí he vivido.
(Con tono muy dulce y romántico)
En época bendecida
fué ésta la jaula elegida

para fabricar el nido.
Hoy, primer aniversario
de mi boda, yo sentí,
por volver á entrar aquí,
un afán extraordinario;
por soñar aquí con días
de felicidad, que pierdo;
por evocar el recuerdo
de pasadas alegrías;
por decir: Aquí el traidor
(Va señalando á diferentes sitios.)
se puso un día á mis plantas.
Allí me ha jurado tantas
y tantas veces su amor...
Aquí me llamó embeleso
y dulce bien *soto voche*...
Allí... se cayó una noche
y á poco se rompe un hueso...
De aquella época bendita
me atrajo el recuerdo aquí.
¿Comprende usted ahora, así,
la razón de esta visita?

ANAC. Sí; todo lo he comprendido.
Lo que falta comprender
es lo que va á suceder
si ahora llega su marido.
Ahí llega bramando aparte;
(Señalando á la puerta.)
aquí la encuentra á usté así; (Señalando á ella.)
aquí me coge, y aquí...
me da un palo que me parte.

ETELV. Tiene usted mucha razón.
Ya ví mi jaula y me alejo,
caballero; pero dejo
aquí entero el corazón.

ANAC. ¿El corazón? ¡Qué belén!
Ya que va usted más cálmada,
no se deje usté aquí nada.
Lléveselo usté también.
(Suenan dos fuertes campanillazos seguidos y después otro.)

ETELV. ¡El!

ANAC. ¿El?

ETELV. ¡El! No hay que dudar.

El que llama es mi marido.

ANAC. Tal vez sea...

ETELV. He conocido
su manera de llamar.

ANAC. ¿Y qué hacer? Yo me atortolo.

ETELV. Lo primero es esconderme.
¿Qué pensaría él al verme
sola... con un hombre solo?
Mientras el peligro pasa
allí me estaré escondida.
(Suenan otros campanillazos más fuertes.)
Vaya usté á abrir en seguida,
yo conozco bien la casa.
(Vase Etelvina por la segunda izquierda, cerrando la puerta al entrar.)

ANAC. No lo creyera á no verlo
y aun viéndolo, no se puede
creer lo que me sucede...
(Echa una mirada expresiva al almuerzo.)
¡Sin comerlo ni beberlo!
(Vase por el foro y vuelve á salir seguido de Cucufate.)

ESCENA V

DON ANACLETO y CUCUFATE. Saliendo los dos por el foro derecha

ANAC. Bien; pase usted, señor mío.

CUC. ¡Olé que sí!

ANAC. (¡Qué ademanes!)

CUC. Bien por los mosos barbianes
y los gachós con sentío.

ANAC. Gracias.

CUC. Al mirarlo á usté
no tuve más que decirme:
Este tipo va á servirme.

ANAC. Pero...

CUC. Tengo yo un *quinqué*...
(Señalando á su ojo derecho.)
Usté, aunque no es un agüelo,

tiene ya saber y escuela
y usté *diquela* y *chanela*...
(Da un silbido prolongado haciendo indicación de que sabe mucho.)

ANAC. Sí, yo *diquelo* y *chanelo*.
(Hace lo mismo, imitándole.)

CUC. ¡Saragatero! ¡Guasón!

ANAC. (¡Visita más importuna!)

CUC. Déjeme usté que eche una
mirada por el balcón.
(Va á asomarse al balcón.)

ANAC. (Le seguiré la corriente
no se enfurezca... ¡Demonio!
¡Qué maldito matrimonio!
¡Ella loca... y él demente!

CUC. (Volviendo á su lado.)
Pues... sepasté la verdad,
porque he hecho lo que he hecho.
Le voy á usté á abrir el pecho.

ANAC. ¡Hombre, qué barbaridad! (Se sientan.)

CUC. Yo hase tiempo, cabayero,
que he vivío aquí.

ANAC. Lo sé.

CUC. ¿Y cómo lo sabe usté?

ANAC. Pues lo sé por el portero.

CUC. Es mentira.

ANAC. ¡Cómo!

CUC. ¡A ver!
Si este portero no había
aquí, cuando yo vivía,
¿por dónde lo va á saber?

ANAC. (Me va á poner en un potro
y no sé que le conteste.)
Bien; es... que al portero éste...
se lo dejó dicho el otro.

CUC. ¡Ya! Pues cuando me casé
traje aquí á á mi mujersita,
una mujer mu bonita,
pero mu loca.

ANAC. (Distraído.) Lo sé.

CUC. Su saber, cabayerito,
me da ya qué discurrir.

ANAC. No es eso... Si iba á decir
que lo *se*... *lebro* infinito.

Como usted hablando está
y tiene usted ese acento
se me ha pegado al momento
el *asento andalus.* (Muy marcado.)

CUC. ¡Ya!
Pues con la ilusión primera,
esto un paraíso fué.
¿Sabusté?

ANAC. (Muy marcado.) No, no lo sé.

CUC. ¡Pa gracia que lo supiera!
Yo entonces quise á mi esposa
cuanto se puede querer,
pero como era mujer
muy terca y muy caprichosa
y eso no me gusta á mí,
primero vino el desvío
y luego vino el hastío
y ya estábamos así,
cuando un día, de repente,
permitió mi suerte indina
que viera yo á una vesina
en esa casa de enfrente.
No he visto cara más bella
ni mujer más resalada.
¿Sabusté?

ANAC. Yo no sé nada...
(Mirando de reojo á la izquierda.)
(Quien lo está sabiendo es ella.)

CUC. Y en fin, que sentí una cosa
aquí... (Señalando el corazón.)
que desde aquel día
mi mujer me paresía
lo más fea y lo más sosa...
(Suena dentro á la izquierda gran estrépito de cacharros rotos.)

ANAC. ¡Cataplúm!

CUC. (Levantándose.) ¿Qué es lo que pasa?

ANAC. No es nada. (Idem.)

CUC. Si ha sido allí...

ANAC. Es... un gato...

CUC. ¿Un gato?

ANAC. Sí:
que extraña la nueva casa,
y que rompe cuanto encuentra.

CUC. Pues hay que entrar.
ANAC. ¡No!
CUC. ¿Por qué?
ANAC. Porque furioso no ve
y acomete á todo el que entra.
Por eso lo tengo ahí
preso en esa habitación.
(Se dirige hacia la puerta y dice con tono suplicante para que lo oiga Etelvina.)
Minino... por compasión;
modérese usté por mí.
CUC. (Riendo á carcajadas.)
Hombre, eso sí que es chistoso
hablar de ese modo á un gato.
ANAC. Es que... siempre así lo trato
cuando se pone furioso...
(Vuelve á sentarse.)
CUC. Pues volviendo á lo que digo
de mi mujer...
ANAC. (¡Qué tormento!)
CUC. La tomé aborrecimiento...
(Don Anacleto finge un fuerte golpe de tos como para evitar que Etelvina oiga.)
Malo está ese pecho, amigo.
ANAC. ¡Malo!
CUC. Pues en conclusión,
que á separarme dispuesto
un día busqué un pretesto
para la separación.
ANAC. Lo sé. (Distraído.)
CUC. ¿Eh?
ANAC. Digo, la *separación*. ¡Cosa terrible!
CUC. Ya otra cosa era imposible.
Así como lo oye usté.
Desde entonces no he dejao,
libre ya de mi mujer,
ni un sólo día de ver
el cuarto desalquilao,
por mirar desde el balcón
sin que nadie lo advirtiera
á esa vecina hechicera
que me robó el corazón.
Ayer me dijo el portero:

ya subir es escusao,
el cuarto desalquilao
lo ha tomao un cabayero.
A poco me da un desmayo,
y con voz ronca exclamé:
«¿Conque un cabayero, eh?
Pues así lo parta un rayo.»

ANAC. Mil gracias.

CUC. Yo soy así.
Después pensé más sereno:
quizás sea un hombre bueno
y me deje estar allí.
No le haré perturbación
conque me permita entrar
toitos los días y estar
una horita en el balcón.
Conque por eso escribí
esta tarde, cabayero,
y ahora solamente espero
que me diga usted que sí.

ANAC. (Esto de la raya pasa.
Si ahora sale su mujer,
que es otra loca, va á haber
un escándalo en mi casa,
y como explicar no es llano
la presencia de ella aquí,
podrán sospechar de mí...)

CUC. ¿En qué piensa usté, cristiano?

ANAC. (Levantándose los dos.)
Pues en que... lo siento mucho;
pero le debo decir
que ahora tengo que salir
urgentemente...

CUC. ¿Qué escucho?
¿No hay confianza entre los dos
después de lo que conté?
Yo me queo aquí, y usté
se va bendito de Dios.

ANAC. ¿Quedarse usted? Considero
que es broma, y así lo paso.

CUC. Oigasté... Yo, por si acaso,
¿tengo cara de ratero?
Si esa ha sido su intención...

ANAC. (¡Malo si en seric lo toma.

¡Vaya! Lo echaré yo á broma.)
¡Zaragatero! ¡Guasón!

CUC. ¡Cómo!

ANAC. Si ha sido una chanza.

CUC. ¡Olé, por los mozos güenos!

ANAC. (Se calma: del mal, el menos.)
Pues bien, ya que hay confianza,
diré á usted lo que me ocurre.

CUC. Venga.

ANAC. Allí hay una señora.

CUC. ¡Ah, vamos! Comprendo ahora.
Está escondía y se aburre.

ANAC. ¡Claro! Como usted ha entrado...

CUC. ¿Se ha asustao?

ANAC. ¡Friolera!

CUC. ¡Comprendío! El gato era...
que hay allí gato encerrado.

ANAC. No suponga usted, por Dios...

CUC. (Irónicamente.)
¿Quién? ¿Yo? ¡Qué he de suponer!
Usted hombre, ella mujer
y aquí solitos los dos...

ANAC. Las apariencias, confieso
que son terribles, lo sé;
pero yo le juro á usté...

CUC. ¿Y á mí, ¿qué se me da de eso?
Si usted lo mío no ignora,
¿á qué escrúpulos? Desde hoy
confianza completa... Voy
á sacar á esa señora.

ANAC. No.

CUC. Para calmarla.

ANAC. No.

CUC. ¡Ah, vamos! Ya lo comprendo.
Usté es celoso...

ANAC. Tremendo.

CUC. Hombre, lo mismo que yo.

ANAC. Soy un celoso extremado.

CUC. Lo es quien de amante se precia.

ANAC. Soy un moro de Venecia.

CUC. ¿Un moro?

ANAC. Sí, bautizado.

CUC. Pus oiga usté la *chipén*.

ANAC. ¿La *chipén*?
CUC. La verdad neta.
Y esta es confesión completa.
Yo estoy celoso también.
ANAC. ¿De la vecina?
CUC. No tal.
De mi mujer... Yo he pensao,
después de lo que ha pasao,
y comprendo que he hecho mal.
ANAC. (Este hombre es otra veleta.)
CUC. Aunque es loca mi Etelvina
es honrada, y la vecina
es tan sólo una coqueta.
ANAC. Entonces...
CUC. No hay quien iguale,
seguramente, á mi esposa.
Cuando se pierde una cosa
se comprende lo que vale.
ANAC. De modo que la vecina...
CUC. Hombre, también me interesa
y me gusta
ANA. Ya.
CUC. Porque esa,
por lo hermosa me fascina.
Pero lo que es mi mujer...
Mirusté, como ella ahora
me resultara traidora
y lo llegara á saber
tanto es mi cariño aún
que nada decía...
ANAC. ¡Ya!
CUC. Sacaba el revólver...
ANAC. ¡Ah!
CUC. Y... *¡punsaracatapún!*
ANAC. (¡Demonio!)
CUC. ¡Vaya, me voy!
Más no quiero incomodar,
que el onceno es no estorbar;
ya daré otra vuelta hoy,
así, dentro de una hora...
(Va hacia la izquierda.)
ANAC. No; por aquí...
CUC. (Riéndose.) Lo sabía;
pero es que antes me quería

despedir de esa señora.

ANAC. No hay para qué...

CUC. Soy galante...
¡Celosillo! Lo asusté...
(Alzando la voz.) Señora, á los pies de usté
y ojo con este tunante.

ANAC. (Si hoy no me da un sofocón
será milagro evidente.)

CUC. ¡Vamos, no esté usté impaciente!
¡Zaragatero! ¡Guasón!
(Vase por el foro derecha.)

ANAC. Se marchó. ¡Qué lenguaraz!
Mas no hay tiempo que perder.
Salga también la mujer
y que me dejen en paz.
¡Qué par! Cualquiera les teme.
En viéndola á ella salir
cierro y ya no vuelvo á abrir
aunque la casa se queme.
Señora:... (Llamando.)

CUC. Soy yo. (Saliendo por el foro.)

ANAC. (Cerrando precipitadamente la puerta y quedando de espaldas á ella.) ¡Ya escampa!

CUC. Se ha asustado. ¡Qué salero!

ANAC. ¡Cá! ¡Guasón! ¡Zaragatero!
(¡Maldita sea tu estampa!)

CUC. Me dejé el bastón...

ANAC. ¿Sí, eh?

CUC. Y usté pensó que volví
por filar á la gachí...
¡qué pirandón está usté!

ANAC. No; ahora voy hasta fuera.

CUC. Hombre, va usté á molestarse.

ANAC. ¡Cá! (Como tarde en marcharse
lo tiro por la escalera.)
(Vanse los dos por el foro derecha.)

ESCENA VI

ETELVINA sale furiosa de la segunda izquierda y se dirige al foro

Todo lo he escuchado... ¡Infame!
Con que así me pagas tú
el amor... ¡Ay! no sé como
no me ha dado un patatús.
¡Pillo! ¡Tunante! ¡Malvado!
¡Ingrato! ¡Inicuo! ¡Zulú!
¡Hombre sin Dios y sin ley!
¡Falso! ¡Embustero!... ¡¡Andaluz!!
¿Con que hay una vecinita
á la que tú haces el bú?
¿Con que yo soy fea y sosa?
Conque tú preparaste un
pretexto para dejarme
como á un trasto inútil... ¡Uf!...
(Viene hacia el proscenio.)
Yo me ahogo... yo me muero.
¡Infame! ¡Qué ingratitud!
Cuando yo estaba dispuesta,
si es que él me quería aún,
á perdonar su arrebato,
su dureza de testuz
y á buscar en su cariño
de nuevo paz y quietud...
¡Oh! mereces por infame
que te lleve Belcebú,
que siempre por donde vayas
te hagan las gentes la cruz,
que sin cariños ni goces
llegues á la senectud,
que pases la vida entera
sin sol, sin moscas, ni luz,
que un charlatán no te deje
que se te pegue un gandul,
que te acose un prestamista
y que te pise un astur
y que te coja un rifeño...
¡encima del Gurugú!

¡Ay! yo me pongo muy mala,
cubre mis ojos un tul...
y las fuerzas me abandonan
y no puedo... más... ¡Jesús!
(Cae desmayada en la butaca de la derecha.)

ESCENA VIII

ETELVINA y DON ANACLETO que sale por el foro y se dirige á la segunda izquierda

ANAC. Gracias á Dios, se ha marchado.
¡Señora! ¡Vaya un mareo!
¡Señora! Pero, ¿qué veo?
(Mirando al interior de la habitación.)
Todo me lo ha trastornado.
¿Y en dónde se oculta ahora
si por aquí no ha salido?
Señora, que su marido
se ha marchado ya... ¡Señora!
ETELV. ¡Ay!
ANAC. ¡Canastos! Si está allí...
y con un síncope. Voy
en su auxilio.
ETELV. ¿Dónde estoy?
ANAC. En la jaula... junto á mí.
ETELV. ¡Ay! El dolor me devora.
y siento angustia infinita.
ANAC. Eso en la calle se quita,
¡váyase usted ya, señora!
ETELV. Después de su confesión,
¿para qué la vida quiero?
Déjeme usted, caballero,
tirarme por el balcón.
ANAC. ¡No! (Deteniéndola.)
ETELV. Yo se lo ruego.
ANAC. No.
Calme usted su frenesí...
Al verla caer desde aquí,
pensarán que he sido yo...
ETELV. Yo escribiré dos renglones.
ANAC. Además es un tercero

con entresuelo y primero...
¡Ciento cincuenta escalones!
Si se llega usté á tirar
era tortilla segura,
y además ¿en qué postura
se podría usted quedar?

ETELV. Era un pensamiento loco,
ahora lo comprendo yo.

ANAC. ¿No se mata usted ya?

ETELV. No.

ANAC. Pues márchese usted.

ETELV. Tampoco.
Tengo un proyecto mejor,
más terrible, más cruel...

ANAC. ¿Más?...

ETELV. Castigar al infiel,
dando celos al traidor...
El dijo que está celoso,
¿recuerda usted?...

ANAC. En efecto.

ETELV. Pues, bien, ese es mi proyecto;
darle celos sin reposo...
del modo más humillante,
con el primero que dé,
con cualquiera, con usté...
con lo más extravagante.

ANAC. Gracias.

ETELV. ¡Cuánto va á penar!

ANAC. Señora, que va á venir.

ETELV. ¡Cuánto le he de hacer sufrir!

ANAC. Señora, que va á llegar.

ETELV. ¿Y qué importa?

ANAC. Eso es según...

ETELV. Mejor si hay un atropello.

ANAC. Por Dios, recuerde usté aquello
del *punsaracatapún.*
Porque el tal don Cucufate,
que es charlatán é indiscreto,
está loco por completo
ó como él dice *guillate.*

ETELV. ¿Guillate?

ANAC. *Perduti*, sí...
más que un trompo...

ETELV. Caballero,

sepa usted que no tolero
que lo trate usted así.

ANAC. Pero...

ETELV. Al fin, soy su mujer,
y él, al fin, es mi marido,
y usté, al fin...

ANAC. Ni sé qué he sido,
ni qué soy, ni qué he de ser.
(Suenan tres campanillazos como al fin de la escena IV.)
¡Vaya! Otro importuno ahora.

ETELV. Es él.

ANAC. ¿El? Vendrá más fiero.

ETELV. No le abra usted, caballero.

ANAC. Yo qué le he de abrir, señora.

ETELV. (Escuchando cerca de la puerta.)
Mas, ¿qué escucho? Ha entrado ya.

ANAC. ¡Ha abierto con otra llave!
Esto se pone muy grave.

ETELV. Pues aquí me escondo.

ANAC. ¡Ah!
(Se oculta Etelvina en el balcón á tiempo que entra Cucufate, que no la ve por mirar á la izquierda.)

ESCENA VIII

DON ANACLETO y CUCUFATE, que sale por el foro derecha.

CUC. (La puerta del cuarto abierta...
¿se habrá marchado de aquí?)

ANAC. (Está buscándola... ¡Malo!
Algo le dió en la nariz.)

CUC. Dispense usté, caballero,
el que me haya entrado así,
pero recordé, llamando,
que aun conservaba el llavín
de cuando yo aquí vivía.

ANAC. Muy bien hecho.

CUC. ¿Y... la gachí?

ANAC. ¿La gachí?... Se las piró.
(¡Toma flamenco!)

CUC. ¡Ah! ¿Por fin?...
Pues yo me he estado en la calle

y no la he visto salir.

ANAC. Porque... se entró en otro cuarto
para despistarle así,
y poder bajar tranquila
cuando viera á usted subir.

CUC. (¡Ah! ¡Se me fué!) Pues ha sío
una ocurrencia feliz...
Pero ya que se ha marchao,
le tengo á usted que pedir
mil perdones, por la farsa
que he venío á hacer aquí. .
Esa señora es mi esposa.

ANAC. ¡Oh, no tal!...

CUC. No hay que fingir.
Lo sé todo... y por lo mismo
sé que en ella no hay desliz.
Es una locura suya,
de las que ha tenío mil.
Y ahora, escuche usté un momento
lo que tengo que decir.
(Se sienta de espaldas al balcón.)

ANAC. (Dios ponga tiento en sus labios,
pues si la da el frenesí,
se tira por el balcón
ó arma la de San Quintín.)

CUC. Pues verá usted, caballero:
mi esposa es linda y gentil,
y laboriosa y honrada.

ANAC. Muy bien.

CUC. Es un querubín,
y yo la quiero muchísimo.

ANAC. Muy bien... siga usted así.

CUC. ¿Cómo?

ANAC. Siga usted queriéndola.

CUC. A usted no le he de mentir
ni he de negar que he tenido...

ANAC. No.

CUC. ¿Me lo cuenta usté á mí?

ANAC. Usté no ha tenido nada;
usté es otro querubín
impecable...

CUC. ¿Yo? Es chistoso.

ANAC. Más fiel que el mismo Amadís.

CUC. Pero no puedo negar...

ANAC. ¡Hombre, niéguelo usted, sí!
CUC. ¿Cómo he de negar que yo
tuve la culpa, al reñir
por una majadería?
ANAC. ¡Ah! ¡Vamos! Es que creí...
CUC. ¿El qué?
ANAC. Nada, siga usted.
CUC. Me puse hecho un puerco-espín,
pues tengo un genio maldito
que no puedo reprimir,
y como ella es otra loca...
ANAC. No... loca es frase incivil,
diga usted «alienada»
que es menos claro y así
ella no podrá ofenderse
aunque lo llegara á oir...
(Se levantan los dos y se acercan al proscenio de modo que Etelvina pueda irse sin que lo noten.)
CUC. (¡Es que está aquí todavía!)
Pues bien, yo el culpable fuí
y estoy harto arrepentido
porque esto me ha hecho infeliz.
Desde que nos separamos
no la dejé de seguir
por donde quiera que iba
sin que reparase en mí,
y hasta compré á la criada,
que es una moza baril
con un cuerpo muy bonito
y unos ojazos así.
ANAC. ¡Bueno, basta de pintura!
y al grano.
CUC. Que no es de anís.
(Etelvina sale del balcón, que deja cerrado otra vez, y con mucho cuidado se dirige á la puerta del foro y se va.)
Por la criada sabía
cuando pensaba salir,
cuando reía ó lloraba
y estaba alegre ú hostil
y cuando decía: ¡pillo!
acordándose de mí.
Así he tenido noticias
de que hoy pensaba venir

á esta casa y yo, queriendo
hallarme con ella aquí,
escribí á usté aquella carta
y estuve inquieto y febril
en el café de la esquina
hasta que llegar la ví...

ANAC. Luego usted sabía...

CUC. Todo.

ANAC. De modo que aquel desliz
de usted con la vecinita...

CUC. Fué un cuento que discurrí
para que ella lo escuchara
y para hacerla salir...
Si enfrente no vive nadie.
Mire usted.

ANAC. (Bajo á Cucufate.) Es que está ahí.

CUC. (Idem.) Lo sabía, mas no quiero
que lo llegue á presumir.
(Abre el balcón y mira.)
¡Demonio!

ANAC. ¿Qué?

CUC. Aquí no hay nadie
y en la calle hay un sin fin
de gente mirando arriba.

ANAC. ¿Se habrá tirado?

CUC. (Viniendo cerca de don Anacleto.) ¡Ay de mí!
Matarse y por mí... Yo soy
un infame, un monstruo, un vil,
pero tras ella me lanzo.

ANAC. (Sujetándolo) No lo puedo consentir.
O me lanzo yo también
y al ver á los tres así
se figurarán que hay lluvia
de personas en Madrid.

ESCENA ULTIMA

DICHOS y ETELVINA, que sale por el foro derecha y queda entre los dos hasta el final

ETELV. (Saliendo.) ¡Detente!
CUC. ¡Etelvina!
ANAC. ¿Eh?
ETELV. Cuanto has hablado escuché.
CUC. ¿Y me guardas aun encono?
ETELV. Yo nunca odiarte podré.
CUC. ¿Me perdonas?
ETELV. Te perdono.
ANAC. ¡Gracias á Dios!
CUC. No se trate
nunca más de esta pamplina.
ETELV. Fuí loca.
CUC. ¡Yo estaba orate,
Etelvina!
ETELV. ¡Cucufate!
¡Cucufate!
CUC. ¡Mi Etelvina!
¿Me quieres?
ETELV. Mucho, ¿y tú á mí?
CUC. ¿Yo? Como la trucha al trucho.
ETELV. ¿Y me querrás siempre?
CUC. Sí.
ETELV. ¿Mucho?
CUC. ¡Mucho!
ETELV. ¿Mucho?
CUC. ¡Mucho!
ANAC. ¡Señores, que estoy yo aquí!
ETELV. Dispense usted...
CUC. La emosión...
ETELV. El placer.
CUC. Y la alegría.
ETELV. Y la reconciliación.
CUC. Tras una separasión.
ETELV. Por una majadería.
Porque en aquello he pensado,
y de opinión he cambiado

por probarte mi cariño,
y si hay el fruto anhelado
ahora quiero que sea niño.

CUC. No me doy el parabién,
pues por probar, dulce bien,
mi amor, y que no haya riña,
he cambiao yo también,
y ahora quiero que sea niña.

ETELV. No, con eso no transijo.

CUC. El reñir te regosija.

ETELV. Con tu terquedad me aflijo...

CUC. Bueno, pues ha de ser hija.

ETELV. Bueno, pues ha de ser hijo.

CUC. Esto mal acabará.

ETELV. Y siempre cada uno irá
por donde quiera.

CUC. ¡Al avío!

ETELV. Yo á casa de mi mamá.

CUC. Y yo á casa de mi tío.

ANAC. Una nueva pelotera...

CUC. Es eya...

ETELV. Es él...

ANAC. Es... ¡cualquiera!
Es que estáis locos los dos:
¡Si ha de ser lo que Dios quiera,
dejad tal cuidado á Dios!

ETELV. Tiene razón..

CUC. Es verdad.

ETELV. Reñir es insensatez.

CUC. ¡Viva la tranquilidad!

ETELV. Renuncio á mi terquedad.

CUC. Y yo á mi testarudez.

ETELV. Era un feroz disparate
esta eterna tremolina
y éste contínuo combate;
¡Cucufate!...

CUC. ¡Mi Etelvina!
¡Mi Etelvina!

ETELV. ¡Cucufate!

ANAC. ¿Otra vez? (Ya impaciente.)

ETELV. ¿Por qué se altera?

CUC. Nos hizo usted gran merced.

ETELV. Pero más completa fuera
si ahora, bondadoso usted,

nuestra jaula nos cediera.

ANAC. Esto de la raya pasa.
Conque al cabo de una hora
de trastornarme sin tasa
hacen las paces y ahora
me quieren echar de casa...

ETELV. ¿Le disgusta?

CUC. No contesta...

ANAC. Aquí la tenéis dispuesta.
Ya que así lo solicitan...

LOS DOS ¡Oh! Gracias.

ANAC. (Diriéndose al público.) Aunque no es esta
la *jaula* que necesitan.

TELÓN

3 0112 117461530

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2; de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; de *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11; de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18, y del *Sr. Escribano*, plaza del Angel, 2.

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.